

PEDRO GARFIAS  
ANTOLOGÍA

*Selección y nota de*  
AURORA PEDROCHE  
*Retrato de Pedro Garfias por*  
JUAN REJANO  
(1950)

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2010

## ÍNDICE

### NOTA

*AURORA PEDROCHE* 3

### RETRATO DE PEDRO GARFIAS

*JUAN REJANO* 5

ROMANCE DE LA SOLEDAD 9

CAPITÁN XIMENO 9

ASTURIAS 11

MADRID 12

### PRIMAVERA EN EATON HASTINGS

*(POEMA BUCÓLICO...)* 14

### INTERMEDIO

*LLANTO SOBRE UNA ISLA* 18

### PRIMAVERA EN EATON HASTINGS

*(CONTINUACIÓN)* 19

### INTERMEDIO

*NOCHE CON ESTRELLAS* 23

### PRIMAVERA EN EATON HASTINGS

*(CONTINUACIÓN)* 24

ENTRE ESPAÑA Y MÉXICO 28

CANCIÓN 28

EPITAFIO A ANTONIO MACHADO 30

## NOTA

Pedro Garfias Zurita nace en Salamanca el 20 de mayo de 1901. Fueron sus padres Antonio Garfias y Dolores Zurita. Aunque salmantino por nacimiento, se considera generalmente como poeta andaluz, y razones no faltan. Su madre era de la sevillana Villa Manrique y su padre, aunque ignoremos a ciencia cierta dónde nació, era andaluz, radicado en la provincia de Córdoba y con apellido de origen onubense. Además, y ello es lo que cuenta, Garfias se sintió siempre andaluz y amó a su “blanca Andalucía” por encima de todo.

Cursa sus primeros estudios en Osuna y la escuela preparatoria en Sevilla, a la que llega en 1910. Después, dos años en Cabra cursando el bachillerato de letras para preparar su ingreso a la carrera de leyes, cosa que no llegaría a hacer aunque se traslada a Madrid con ese propósito.

En vez de ello se sumerge en el mundo literario y al poco tiempo funda, junto con Xavier Bóveda, César A. Comet, Guillermo de Torre, Fernando Iglesias Caballero, J. Rivas Panedas y J. Aroca, el movimiento ultraísta cuyos voceros serán las revistas *Tableros* y *Horizonte*. Posteriormente, se unirán a este movimiento otros poetas como Juan Larrea y Gerardo Diego.

Publica su primer libro, *El ala del sur*, en 1926, en el que se recoge poesía escrita entre 1918 y 1923 en Madrid y Sevilla. Otros de la misma época, como *Ritmos cóncavos*, *Romances y canciones*, *Tres poemas de Toledo* y *Motivos del mar*, se publicarán mucho después, ya en México; después, un largo silencio de trece años de los que sólo sabemos que vive en Osuna y Écija.

La guerra “española”, a la que se incorpora en defensa de la República como comisario político en el frente de Córdoba, devuelve la palabra al poeta y publica *Héroes del sur*, *Consignas del frente y de la retaguardia* y *Consignas para comisarios*, tres opúsculos que se reunirán posteriormente en *Poesía de la guerra española*, publicado en México en 1941. Estos poemas le valen a Garfias el premio Nacional de Literatura, otorgado por la España republicana, en 1938.

En marzo o abril de 1939, ya perfilada la derrota de la causa de la República, marcha el poeta al exilio como tantos otros miles de sus compatriotas, y pasa primero las fronteras de Francia y posteriormente las de Inglaterra, donde habrá de escribir la considerada por muchos su obra mayor: *Primavera en Eaton Hastings*, cuya primera edición debemos al FCE en 1939. Después, México, al que llega a bordo del vapor *Sinaia*, y en el cual compone su conocido poema “Entre España y México”.

Viviendo en Monterrey (de 1943 a 1948), publica *De soledad y otros pesares*, recopilación de poemas escritos en diversas épocas en España, y algunos en México. En el año de 1943 se conoce su *Elegía a la presa de Dnieperstroi*. Años después, en 1951, saldrá a la luz *Viejos y nuevos poemas*, con prólogo de Juan Rejano que por considerar es lo más certero que se ha escrito sobre Garfias, incluimos después de esta breve introducción.

Viajero incansable recorre casi toda la República Mexicana y es acogido por sus amigos lo mismo en Torreón que en Chihuahua, Sonora, Jalisco, Puebla, Campeche, Yucatán, Guanajuato, Veracruz o el Distrito Federal. Dicta conferencias, da recitales, y en 1953 publica en Guadalajara el que será su último libro en vida: *Río de aguas amargas*.

Se habla de tres inéditos: *Sonetos a mi padre*, *La balada de la cárcel del mundo* y *La ronda de los toreros muertos*, que presumiblemente se llevó Garfias a la tumba impresos en su portentosa memoria en la que escribía y pulía cada palabra, cada verso.

Escribió una obra teatral, *Las vidas paralelas* y una comedia llamada *Los hijos de la luna* que ignoramos si fueron representadas y publicadas. Se sabe también de un guión para cine y de algunos cuentos, pero tampoco podemos dar noticia de ellos.

A la edad de 66 años, cansado, enfermo y lleno de nostalgia, muere el poeta en Monterrey en el año de 1967.

AURORA PEDROCHE

RETRATO DE PEDRO GARFIAS  
POR JUAN REJANO (1950)\*

De oscuro pájaro ganchudo la faz, reverso insólito de un  
alma luminosa, melancólica, manadora de sueños, como  
la sepultada estrella de la niñez;

revuelta, hirsuta la melena de cansado león sobre una fren-  
te organizada para los pensamientos que con la virgen  
ternura se humedecen;

agudos y endrinos los ojos dispares, disparados y anublados  
a un tiempo por un frío velo crepuscular, como esos pe-  
queños relámpagos estrangulados en un cielo de nácar  
aborrascado;

un rictus de bondadosa amargura en la boca navajeada, por  
donde han brotado tantas sílabas musicales, que apenas  
quedan campanas en las torres herrumbrosas, lenguas  
de cristal en los ríos romanceros;

apesadumbrado el dorso: las corvas espaldas trepando a los  
hombros de encima o de sillar;

torpe, renqueada la andadura, que fue airosa alguna vez  
como la inconsciente juventud que no advierte su sangre;

ágiles las manos cual navecillas de nicotina: manos subra-  
yadoras de palabras que ya no son sino esqueletos de  
palabras, recortadas imágenes fonéticas, de las que sólo  
percibimos un sonido de coda rota;

monólogo puro, monólogo cordial,

---

\* Tomado de: Pedro Garfias, *Antología poética*, Finisterre, México, 1970.

desesperado hilo del corazón que, a punto de romperse, se  
anuda más fuertemente y vibra y restalla y se enciende,  
metal desafiador de los más altos fuegos:

aquí está Pedro,  
aquí está Pedro Garfias,  
aquí está Pedro Garfias de Ecija, de Cabra, de Osuna,  
Pedro de la campiña bética y de las marismas que llegan  
a Tartesos,

Pedro poeta, poeta contra él mismo: Pedro contra todos,  
mago de los naipes líricos, maestro de los otros naipes  
que abanicán madrugadas de azar y livideces recónditas;

matemático jubilado antes de nacer a las altas ecuaciones  
que se enlazan con el álgebra poética;

coleccionista de noches universales, de esas noches calum-  
niadas, en que el poeta crece sobre el césped de los jar-  
dines brumosos;

soldado de la sola, sola verdad revolucionaria; aprendiz en  
la Casa del Pueblo, huelguista de las glorietas madrile-  
ñas, orador de mítines rurales con olor a establo y tri-  
cornio de la guardia civil;

disecador de lunas ásperas, de lunas como puños sangrien-  
tos alzados vengativamente sobre la miseria enracimada,  
contra las cerraduras millonarias;

acaricia las nieblas, ignora la topografía: ciego sin laza-  
rillo y sin perro por los temibles laberintos;

lucero galán de todas las tabernas enamoradas: arcángel  
frecuentador de los manantiales embriagantes; pontífice  
mudo del cante jondo que de Triana a Jerez tiende su  
riguroso meridiano:

la guitarra de los acordes alterados deambula por su cuerpo,  
de un amanecer a otro:

estatua desprendida de la tierra, oloroso a vides y panales,  
una rama de olivo de signó la frente,  
un clavel negro le traspasó la piel,  
un torso campesino doblado sudorosamente sobre la tierra  
le avivó la rebeldía.

Si un día fue renovador metafórico, gladiador impulsivo en  
los anales poéticos españoles,

si un día cantó con la frescura de los racimos, de las orillas  
y de los rocíos, la humildad de los blancos caseríos ten-  
didos al sol, la novia torcaz en la provincia lejana, la  
lluvia, el viento, los nidos, el alba,

otro día, ya desgajada España, ya rota la patria por todos  
los puñales de la mentira, la cobardía y la traición, car-  
gó de pólvora y acero su voz y la disparó incesantemente  
contra las espadas purulentas, aniquiladoras de la ino-  
cencia popular;

brotaron los himnos, resplandecieron las canciones heroicas;  
un clarín perforó el verso alerta, hecho de heridas y lau-  
reles, de agonía y de esperanza, de juventud y pan libre.

¡Ay, el sueño, el sueño aquél del hombre, de los hombres  
de España encarnados en el poeta, lanzado fue de su  
tierra, desterrado, sumido en lo aciago;

pero, vertical sobre sus despojos sangrientos, lejos, lejos  
del regazo perdido, de nuevo levantó su acento de dia-  
mante, su vuelo cegador, y en un bosque inglés nació  
el más hermoso canto al amor y a la patria, escapado  
de unas pupilas ciegas.

Brindó el mar sus anchas espaldas, su poderoso pulmón de  
olvido a la caravana del éxodo, y cabalgando con ella  
en las olas llegó el poeta al nuevo mundo, a la ribera  
fragante de América:

México abría los brazos,

México restañaba la crueldad occidental, la de los caballeros de la civilización cristiana, con dulces paños fraternales,

y el poeta desde el mar lanzó su canto a México, a su generosidad ardiente, y aún sigue cantando, a la sombra violada

del tezontle, sobre la meseta milenaria del Anáhuac.

Miradlo todavía penetrando noches, respirando auroras, la garganta juglar enronquecida de decir el metro armonioso de su evangelio,

de su poesía: de su poesía impar que, como las selvas, tiene un rumor eterno, un pensamiento brotado de las entrañas y una autenticidad inmarchitable;

de su poesía, abrevada en lo esencial hasta cuando briza las cosas más cercanas; dentro del tiempo, del intransferible tiempo que le ha tocado apresar;

de su poesía, forjada en el corazón-de-siempre, clara, pura, humana, como el hombre a quien busca, el hombre capaz de sueños, abnegaciones, nobles luchas.

¡Cerrad vuestras trampas, vuestros podridos legajos, torpes, interesados antólogos, historiadores literarios del aguachirle, que tantas veces la habéis postergado, que tantas veces habéis olvidado esta poesía, olvidando al que no conoce el olvido!

Aquí está Pedro. ¡Miradlo!

Aquí está Pedro Garfias.

Aquí está el poeta contra todos: contra él mismo.

¡Aquí —miradlo— está el poeta!



## ROMANCE DE LA SOLEDAD

Homenaje a Góngora

Aquí estoy sobre mis montes  
pastor de mis soledades.

Los ojos fieros clavados  
como arpones en el aire.

La cayada de mi verso  
apuntalando la tarde.

Quiebra la luz en mis ojos  
la plenitud de sus mármoles.

Tiene el tiempo en mis oídos  
retumbos de tempestades.

Mi corazón se acelera  
sobre el volar de las aves.

Vibra mi sien al zumbido  
de los vientos y los mares.

Y aquí estoy sobre mis montes  
pastor de mis soledades.

## CAPITÁN XIMENO

Mirada azul de Ximeno  
en cara de niño bueno.  
Mirada de azul cuajado,  
de azul acero templado  
tan inocente  
bajo la paz de la frente.

Dicen, Ximeno, que fuiste  
bandolero y que supiste  
de la fuga por los montes  
hacia aquellos horizontes  
donde nadie sabe dónde  
un tibio rincón se esconde  
para el hombre como el ave  
sediento de libertad.

Y quién sabe  
si fue mentira o verdad.  
Yo te he visto Capitán  
en el frente cordobés:  
del Batallón de Garcés.  
Valiente, serio, callado,  
gran soldado  
sobre tu caballo alzado  
qué buena estampa tenías  
tu mirada, como el cielo  
desperezando su vuelo  
sobre lentas lejanías.

Y ahora irás por las veredas  
y entre breñas y jarales  
—no por blandas alamedas  
ni por caminos reales—  
a la muerte. Buen Viaje.  
Tu pistola sin reposo  
y tu caballo nervioso  
serán tu sólo equipaje.  
Y tu silencio y tu afán  
Desolados...

Capitán  
de bandidos y soldados.  
Y a mi qué  
si yo siempre te veré  
con la muerte terca enfrente  
y tu mirada inocente  
mirándola fijamente.  
¡Ay, Ximeno, Capitán  
del Batallón de Garcés;  
Capitán  
de la cabeza a los pies!

## ASTURIAS

Asturias, si yo pudiera,  
si yo supiera cantarte...  
Asturias verde de montes  
y negra de minerales.  
Yo soy un hombre del Sur;  
polvo, sol, fatiga y hambre,  
hambre de pan y horizontes  
¡Hambre!  
Bajo la piel reseca  
ríos sólidos la sangre  
y el corazón asfixiado  
sin venas para aliviarle.  
Los ojos ciegos, los ojos  
ciegos de tanto mirarte  
sin verte, Asturias lejana,  
hija de mi misma madre.

Dos veces, dos, has tenido  
ocasión para jugarte  
la vida en una partida,  
y las dos te la jugaste.  
¿Quién derribará este árbol  
de Asturias, ya sin ramaje,  
desnudo, seco, clavado  
con su raíz entrañable  
que corre por toda España  
crispándonos de coraje?

Mirad, obreros del mundo  
su silueta recortarse  
contra ese cielo impasible  
vertical, inquebrantable,  
firme sobre roca firme,  
herida viva su carne.

Millones de puños gritan  
su cólera por los aires,  
millones de corazones  
golpean contra sus cárceles.

Prepara tu salto último  
lívida muerte cobarde  
prepara tu último salto  
que Asturias está aguardándote  
sola, en mitad de la Tierra,  
hija de mi misma madre.

MADRID

I

Déjame mirarte bien  
con mis dos ojos abiertos,  
Madrid de las casas rotas  
y del corazón entero.  
Déjame mirarte bien  
con un mirar largo y lento  
que te recorra la piel  
y te penetre los huesos  
Que cada herida en tu carne  
abra una herida en mi pecho.  
Que cada lágrima tuya  
fluya por mis ojos ciegos,  
ciudad abierta a la muerte  
por la tierra y por el cielo.  
Déjame mirarte bien  
que quiero llevarme dentro  
para mil eternidades  
tu recuerdo.

## II

Bajo la metralla bullen las mujeres  
Bajo la metralla los hombres trabajan,  
bajo la metralla descansan los viejos  
y los niños juegan bajo la metralla.

Graves, sobrios, serios  
bajo la metralla.

Sin miedo ni alardes,  
sin prisas ni pausas,  
con el ritmo justo,  
con la cotidiana  
razón de su vida —razón del destino—  
bajo la metralla.

## III

Quinientas noches en vela  
como montaña de plomo  
pesando sobre sus párpados  
que ha enrojecido el insomnio,  
tiene a Madrid en pie  
sobre un pedestal de escombros  
sólo con la muerte enfrente  
y con la vergüenza en torno.  
Qué tranquilo su ademán,  
qué transparentes sus ojos  
que ya no velan los sueños  
y no fatiga el reposo.  
De pie sobre sus entrañas,  
que no hay cimienta más sólido,  
mira el bullir de sus hijos  
en un despertar glorioso.  
Derrama París su llanto  
demagógico.  
Londres arropa en su niebla

los deslumbres de su oro.  
Madrid espera y espera,  
sobre un pedestal de escombros,  
sin sus collares de luces  
y entre sus mármoles rotos  
espera y espera y mira  
por encima de sus hombros.

PRIMAVERA EN EATON HASTINGS  
(Poema bucólico con intermedios de llanto)

I

Porque te siento lejos y tu ausencia  
habita mis desiertas soledades  
qué profunda esta tarde derramada  
sobre los verdes campos inmortales.

Ya el Invierno dejó su piel antigua  
en las ramas recientes de los árboles  
y avanza a saltos cortos por el prado  
la Primavera de delgado talle.

Por el silencio de pendiente lenta  
rueda la brisa en tácito oleaje  
y apunta la violeta su murmullo  
al pie del roble y de la encina grave.

En las aguas inmóviles del lago  
anclan nubes y luces vesperales  
y tiende el bosque sus flexibles redes  
al vuelo prodigioso de tu imagen.

El sol azul con cuidadosas manos  
rayos y brumas teje, en noble arte,  
hasta dejar de tu color, amada,  
la piel inmaculada de la tarde.

Te miro recostada sobre el césped  
agua verde y verdor claro tu carne  
tu rumoroso pelo embravecido  
y el bosque de tu risa palpitante.

Alrededor de tus tobillos breves  
ciñe la luz minúsculos collares  
y abrazan a tus brazos poderosos  
los tallos y las ramas verdeantes.

Pulsan las finas cuerdas del silencio  
tus voces y los pájaros locuaces;  
el cielo en plenitud abre sus venas  
de calurosa y colorada sangre  
¡y alza mi corazón su pesadumbre  
como un nido de sombras un gigante!

## II

Dentro del pecho oscuro  
la clara soledad me va creciendo  
lenta y segura... Hay luz en mis entrañas  
y puedo ver mi sangre ir y venir  
y puedo ver mi corazón... Afuera  
se agolpan desojadas y sonámbulas  
noches enracimadas.  
Un atropello de silencios turbios  
repta y ondula...  
Señor que hiciste el verso y la amapola

haz las paredes de mi pecho fuertes,  
duras como el cristal de esta ventana.

## III

Pasear contigo en soledad perfecta  
fondo azul de colinas y a los lados  
árboles comprensivos vigilantes  
el doble paso caricioso y lento.

Pasear contigo en soledad callada  
al través de un silencio transparente  
la frente levantada al sol que sube  
orgullosa del brío de su vuelo.

Pasear contigo por la superficie  
de redondez suave de la tierra  
con lentitud perseverante y noble...  
contigo y tu recuerdo y tu esperanza.

#### IV

Me pesaban los párpados con dulce pesadumbre.  
Un tumulto de imágenes con retazos de sueños  
afioró a mi conciencia... Acaso era día claro:  
pero un postrer plumón de sombras me envolvía.

Palpitaba a mi oído el corazón del mundo.  
En la pequeña noche de mis ojos cerrados  
había estrellas pálidas y una luna redonda;  
sombras de azules velos lentas la recorrían.

Un murmullo de aguas y un murmullo de pinos  
se entrelazaban dóciles como dos ramas nuevas;  
una delgada brisa pasaba entre los dos  
y empapaba sus labios en melliza ternura.

Yo te veía cerca, dibujada en el aire,  
del color de la noche, como ella sin relieve.  
Mis brazos te buscaban cual ríos disparados...  
Detrás de los cristales burbujaba el día.

#### V

Yo te puedo poblar, soledad mía,  
igual que puedo hacer rocas y árboles



de estas oscuras gentes que me cercan  
¿Cómo, si no, llevar sobre los hombros  
la ausencia? El ágil viento me conoce  
y ayuda en mi trabajo: cada día  
cuelgo del monte nuestro cielo limpio,  
planto en el lago nuestra rubia era  
y el ancho río de corriente pródiga  
vacío lentamente...

Allí donde los pinos y los álamos,  
donde la encina sólida y el roble  
el claro olivo de verdor de plata.  
Y sobre el culto césped  
el triunfo de la espiga.  
El sol muy en lo alto, fatigando  
el aire con sus alas,  
en el cénit su vuelo detenido.

Cómo su gracia y limpidez los ojos  
me abrasan con su luz... No lo soñara  
la torpe mano que me arrebatara  
mi blanca Andalucía.

## VI

Hoy que llevo mis campos en mis ojos  
y me basta mirar para verlos crecer,  
siento vuestra llamada, prados de verde edad,  
oigo vuestra palabra, árboles de cien años,  
y os busco inútilmente a través de la tarde.  
Ni el vuelo de los trinos ni el canto de las ramas  
han de romper el duro silencio de mi boca.  
Si me quedase inmóvil, como esta buena encina,  
vendrían vuestros pájaros a anidar en mi frente,  
vendrían vuestras aguas a morder mis raíces  
y aún seguiría viendo con su blancura intacta  
quién sabe si dormida, la España que he perdido.

## VII

Tú que todo lo hiciste  
—los pasos y el sendero— me has dejado  
en libertad de andar a mi albedrío.  
Pero yo doy al viento mis velas indefensas...  
Sólo quiero mirar, mirar el agua  
de intimidad azul, mirar el cielo  
de grises bloqueado, y a la orilla,  
el bosque de frescura inmarchitable.  
Mis ojos son mi vida.  
Aquello que mis ojos reflejaron  
vuelve a su ser de nuevo verdecido.  
Mirando voy creando  
naturaleza pura, luz exacta,  
el mundo que Tú hiciste.

### INTERMEDIO

Llanto sobre una isla

Ahora  
ahora sí que voy a llorar sobre esta gran roca sentado  
la cabeza en la bruma y los pies en el agua  
y el cigarrillo apagado entre los dedos...  
Ahora  
ahora sí que voy a vaciaros ojos míos, corazón mío,  
abrir vuestras espitas lentas y vaciaros  
sin peligro de inundaciones.  
Ahora voy a llorar por vosotros los secos  
los que exprimís vuestra congoja como una virgen sus  
pechos  
y por vosotros los extintos  
que ya exhaláis vapor de hieles.  
Ahora voy a llorar por los que han muerto sin saber  
por qué  
cuyos porqués resuenan todavía  
en la tirante bóveda impasible...

Y también por vosotras, lívidas, turbias, desinfladas  
madres,  
vientres de larga voz que araña los caminos.  
Un llanto espeso por los pueblecitos  
que ayer triscaban a un sol cándido y jovial  
y hoy mugen a las sombras tras las empalizadas.

Y por las multitudes  
que pasan sus vigili­as es­car­ban­do la tierra...  
Un llanto viudo por los transeúntes  
tan serios en el ataúd de su levita.

Ahora  
ahora puedo llorar mis llantos olvidados  
mis llantos retenidos en su fuente  
como pájaros presos en la liga.  
Los llantos subterráneos  
los que minan el mundo y lo socavan  
los que buscan la flor de la corteza  
y el cauce de la luz, los llantos mínimos  
y los llantos caudales, acudan a mis ojos  
y fluyan en corrientes sosegadas  
e incorporarse al llanto universal.

Sobre esta roca verdinegra  
agua y agua a mi alrededor  
ahora sí que voy a llorar a gusto.

PRIMAVERA EN EATON HASTINGS  
(Continuación)

VIII

De nuevo estoy en pie frente a mi mundo  
el mundo que creé para mis sueños  
con sus árboles altos florecidos  
sus campos fatigados de verdores

y el cielo transparente sobre el campo  
con sol por todas partes: en el agua  
que acelera su paso bullicioso  
en la brisa transida de pinares  
en la cima veloz de la montaña.  
Se me adelgaza el tacto de los dedos  
se hace mi planta elástica y flexible  
puedo flotar, saltar desde un barrote  
al otro de mi jaula.  
cantar balanceándome en el viento  
alisar la montaña con mis manos  
y detener el vuelo de los ríos.  
Remonto la corriente  
sorteo los escollos familiares  
y anclo en la media noche:  
cojo la luna blanca  
y la traigo a mi recto mediodía  
que la pinta de azul desvanecido.  
Lanzo al espacio el lago soñoliento  
con alboroto de las nubes quietas  
y pasmo de los juncos fugitivos.

Cuelgo a las horas briznas de colores  
para poder seguir con la mirada  
su marcha presurosa por los aires...  
La tierra, el mar y el cielo, mis amigos,  
sonríen de mis juegos infantiles.

## IX

A cada arbusto florido  
ronda el viento enamorado:  
le besa sobre las sienes  
le lleva temblor de pájaros  
le cuenta bellas historias  
de vuelos imaginarios  
hasta que el arbusto crece  
a la altura de su llanto...

El viento tiene palabras  
que no las comprende el árbol.

X

Con la frente a la altura de los robles  
con las manos desnudas y el corazón ligero  
vengo de andar el bosque en primavera.  
El verdor de los campos florece en mis pupilas  
y el trino de los pájaros atraviesa mis sienes.  
Traigo aromas de pinos y hojas frescas  
de álamos en los hombros.  
Mi vieja pesadumbre se ha fundido en el agua  
y canta río abajo entre las dos orillas...  
La violeta de ayer  
ha salido al camino para verme pasar.

Vengo de andar el bosque en primavera.

XI

El sol, el sol de fuego que quema las entrañas  
ha descendido en líquidas venas incandescentes.  
Arde el bosque profundo y arde el lago tranquilo  
y arde mi corazón gloriosamente.

Siento cómo devora mis carnes miserables  
hay dos llamas azules en mis cuencas vacías  
chisporrotea el canto de las hojas inútiles  
y lame mis costados como una lengua viva.

Se limpia mi osamenta y se desnuda.  
Ya soy sólo materia, cal y fósforo...  
Como la piedra inmóvil, gozo el sol que me funde  
sin saber que lo gozo.

## XII

Si me pusiese en pie, con todo mi dolor,  
por cima de estas frescas lomas primaverales  
que surcan en arroyos las aguas y los pinos  
podría hablar contigo. Destino que me acechas.  
Te presiento en lo hondo de este largo camino  
que junta sus orillas allí donde mis ojos  
no llegan con su vuelo: te adivino paciente  
como el suelo que piso. No me engaña esta flor  
de la voz diminuta ni me enreda en sus giros  
este pájaro hueco. A través de la tarde  
voy a ti todo recto como el día a la noche.

## XIII

La Tierra dando vueltas va alejándose  
con la soga del Tiempo a la cintura.  
Fuera del tiempo y el espacio estoy  
con mi vida enlazada por sus puntas.

Las noches se prolongan en oscuras  
estancias sin descanso  
mientras pastan los días  
yerba dorada al rubio sol del prado.

Yo recorro mi vida como un perro  
andando y desandando mi camino.  
Me es grato olfatear el aire nuevo  
allí donde aún respira el aire antiguo;

a derecha y a izquierda  
desperezar los ojos  
y luego descansar, sobre la cumbre,  
diciendo: esto fue todo.

## XIV

Vienen del cielo a mis ojos,  
van de mis ojos al cielo  
azules, blancas, doradas...  
del color de mis recuerdos.  
Se encuentran en el camino  
y hacen su ronda de juegos;  
se persiguen y se esconden...  
¿dónde Sirio? ¿dónde Venus?  
La noche gira suave  
como una veleta al viento.  
El silencio tiene un nombre:

Tu silencio.

## INTERMEDIO

Noche con estrellas

Aunque te rompas, frágil bóveda, en mil pedazos  
esta noche estrellada  
yo tengo que gritar en este bosque inglés  
de robles pensativos y altos pinos sonoros.  
He de arrancar los árboles a puñados convulsos  
he de batir el cielo con mis manos cerradas  
y he de llorar a voces este dolor mordido  
que brota a borbotones de mi raíz más honda.

Solo en medio de un pueblo que forja su destino  
y rueda sus azares con temple calculado;  
que trabaja y que juega y el domingo descansa  
y toda la semana vigila los confines  
con la mirada alerta de un perro de rebaño;  
que traza sus caminos como quien peina un niño;  
que devora las negras entrañas de su suelo  
con una verde lengua de parques y jardines;  
que cuida con ternura franciscana sus flores,

sus aves y sus peces, y esclaviza a la India;  
solo en medio de un pueblo que duerme en esta noche  
yo he de gritar mi llanto.

Aunque el silencio cruja y se despierte el cisne  
—que es propiedad del Rey— y quiebre aleteando  
las aguas impasibles; aunque las aguas corran  
a golpear la orilla con sus tiernos nudillos  
y el rumor se propague por el bosque curioso  
y llegue a despertar la brisa que dormía  
tras la colina curva; aunque la brisa vuele  
a sacudir los prados y pulsar las ventanas  
aunque el temblor sonoro se extienda a las estrellas  
y perturbe un momento su formación tranquila  
mientras duerme Inglaterra, yo he de seguir gritando  
mi llanto de becerro que ha perdido a su madre.

PRIMAVERA EN EATON HASTINGS  
(Continuación)

XV

Andar es lo ordenado.  
Seguir nuestro camino  
llevando a los costados  
el césped satisfecho  
y el alto pino, demasiado alto.  
Así nuestra palabra  
va bien con nuestro paso solitario.

Tú sigue tu camino.  
Yo quiero recostarme sobre el árbol  
y ver pasar la tarde... Tanto tiempo  
que mis ojos inmóviles  
olvidaron su oficio  
no han de negar su condición de espejos:  
deja correr el río



deja volar la nube  
por mis ojos abiertos y tranquilos.

## XVI

Para tener una gran voz que te contara  
—allí donde tú estés— mi sueño de esta hora...  
Si se lo digo al árbol  
¿quién llevará el mensaje a través de las aguas?  
Si se lo digo al viento  
¿quién guiará sus potros a través del espacio?

Te lo diré al oído, sombra que me acompañas.

## XVII

Hoy quiero hacer un verso que lleve un vuelo curvo,  
que camine conmigo y dé la vuelta al lago  
así veré tu techo perenne de verdores,  
bosque primaveral, y soñará mi frente  
una evasión posible por un cielo de hojas:  
así veré mi imagen mecida por tus aguas  
que fingirán la cuna que han hecho azul los años  
enredaré mis ojos en tus violetas breves,  
saludaré de paso al roble enternecido  
que ayer cruzó su rama con mi mirada amiga  
y al sapo que me huye con infantil torpeza;  
el aire que me lleva con alas juveniles  
me traerá despacio como un aroma lento:  
y volveré a sentarme sobre esta misma piedra  
y como el agua inmóvil seguiré hablando solo,  
conmigo y con el cielo...

## XVII

Oh, fuego, hermano fuego:  
mirar, sólo mirar tu llama pura

fiera y perpetuamente renovada  
dá vigor a mis alas y a mis voces.  
El dócil leño que te entrego ahora  
sabe más de soberbias resignadas  
que el corazón pequeño de los hombres.  
Ayer el sol de acero lo bruñía  
y lo mecía el viento enamorado:  
ayer las hojas verdes le brotaban  
cual un sudor de cándido rocío  
y lo lamía la inocente lluvia  
como una res tranquila;  
era su pompa orgullo de los prados  
y norte de los juncos su estatura:  
su pedestal buscaban los arroyos  
como las flores tímidas su sombra:  
hoy es él mismo flor y sol y lluvia.  
Mirándote tenaz, paciente y terco,  
con tu rosada lengua infatigable  
devorando a los troncos y a las horas  
hasta lograr, pavo real del viento,  
la plenitud de tu cenit glorioso  
fluye sereno el pulso  
y la labor diaria se remansa  
consciente del camino y de la meta.

¿Qué me dice tu luz, que no es luz sólo,  
sino calor cordial, lumbre de aurora?  
Mi soledad se funde en tu regazo  
y alrededor de mi cintura siento  
mil brazos que florecen.  
Fuera el duro granizo  
apalea los campos.  
En el hogar tu llama  
igual que un corazón, palpita y canta.

## XIX

Hoy el sol puntual faltó a la cita.

Mis ojos le han buscado en vuelo lento  
por todo el horizonte.  
Y el cielo reducido palidece en la espera.  
Sobre los verdes campos  
la lluvia se destrenza perezosa.  
Su desnudez es casta como un mármol.

XX

El verso humano pesa.  
Yo lo cojo en mis manos  
y siento que me dobla las muñecas.  
Mi traspiés juega mal con el camino  
y mi dolor contigo, oh blanca primavera.

A veces de lo hondo del silencio  
que bordean las flores y la brisa  
acude el largo grito a mi garganta.  
La primavera rápida se esquivo,  
se rompe en mil pedazos  
el aire de veloz cristalería  
y cubre el sol sus desnudados miembros  
como una virgen tímida.  
Yo quedo sobre un monte de tinieblas  
aullando al horizonte de mi vida.  
Desde esta primavera luminosa  
¿por qué no recordaros,  
vosotros que conmigo compartisteis  
la lluvia y el espanto?  
De vuestra sencillez sabe este agua,  
de vuestra dignidad sabe este árbol.  
Acaso vuestros rostros en borrasca  
rimaran mal con este culto prado:

pero también su cultivado césped  
lo ha sido por las manos.  
Hombres de España muerta, hombres muertos de España,  
¡venid a hacerles coros a estos pájaros!

## ENTRE ESPAÑA Y MÉXICO

A bordo del *Sinaia*

Qué hilo tan fino, qué delgado junco  
—de acero fiel —nos une y nos separa  
con España presente en el recuerdo,  
con México presente en la esperanza.  
Repite el mar sus cóncavos azules,  
repite el cielo sus tranquilas aguas  
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos  
de análoga ambición, nuestras miradas.

España que perdimos, no nos pierdas;  
guárdanos en tu frente derrumbada,  
conserva a tu costado el hueco vivo  
de nuestra ausencia amarga  
que un día volveremos, más veloces,  
sobre la densa y poderosa espalda  
de este mar, con los brazos ondeantes  
y el latido del mar en la garganta.

Y tú, México libre, pueblo abierto  
al ágil viento y a la luz del alba,  
indios de clara estirpe, campesinos  
con tierras, con simientes y con máquinas;  
proletarios gigantes de anchas manos  
que forjan el destino de la Patria;  
pueblo libre de México:  
como otro tiempo por la mar salada  
te va un río español de sangre roja,  
de generosa sangre desbordada.  
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,  
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

## CANCIÓN

Guadalquivir:  
El espejo de tus aguas  
sabe del rodar suave  
de las tardes sevillanas.

Ay, río que se me va.  
Ay, tarde que se me escapa.

A cada paso del río  
va adelgazando la noche  
y las estrellas menudas  
ya nos parecen enormes.

Capitán, pronto, la brújula.  
Que este río no va al mar.  
Que va a la luna.

La palabra se rebela.  
Si no la cuidas se escapa,  
porque tiene su querencia.

Te procura.  
De noche te asaetea  
de día levanta el vuelo  
y se aleja.

La palabra busca siempre  
su querencia.

Antes de dormirte todo  
hazte el dormido y espera;  
pero cuando llegue, cuídala,  
acomódala en su tienda,  
que sienta calor y frío,  
que se ajuste, que se avenga,  
que respire, que se quede.

Y verás, si es que se queda,  
cómo suena la palabra  
cuando suena.

Cuando me tiro de noche  
en el ataúd del lecho  
que es menos duro que el otro  
porque ya sabe mis huesos,  
me pongo a mirar arriba  
los astros de mis recuerdos.

Aquél que se abrió de pronto  
cuando todo era misterio.  
El otro que se apagó  
antes de sentirse abierto.

A veces grito iracundo:  
aquí me falta un lucero,  
aquí me sobra una estrella.  
¿Quién hizo este firmamento?

Una voz piadosa dice  
que no es cielo sino techo.  
—Por mi vida, grito yo,  
dejadme saber mi sueño.  
Donde yo pongo los ojos  
Todo es cielo—.

#### EPITAFIO A ANTONIO MACHADO

Qué cerca de tu tierra te has sabido quedar.  
Así el viento de España te cantara al oído  
a poco que desborde su vuelo circular  
y el sol mirarte, cuando en el mediodía  
frene su impulso fiero, antes de resbalar.

Portada:  
Francisco Moreno Capdevila

Editor:  
Fernando Maqueo